

Comentario a la muestra de fauna de Pranu Illixi

Marisa RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO

Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense. E-28040 Madrid
mluisa@ghis.ucm.es

La muestra analizada por nuestro compañero Manuel Domínguez reviste un enorme interés a pesar de su parquedad que impide reconstruir el número mínimo de individuos.

No obstante, la presencia en ella de burro confirma que nos hallamos no sólo en contextos de Primera Edad del Hierro, sino asimismo, de importación fenicia, pues el burro era desconocido en Cerdeña en la Edad del Bronce y se documenta por vez primera en contextos fenicios (Fonzo 1986, 2003; Lo Schiavo & Manconi 2003), como ocurre igualmente en la Península Ibérica (Morales *et al.* 1998: 526; Riquelme 2001: 116-118 y tabla 2).

La presencia de suidos en contextos fenicios de occidente no es por otro lado infrecuente a pesar del aparente *tabu* sobre estos animales entre las poblaciones semitas. Así por ejemplo, Morel (1995: 284 nota 31, 2000: 416 y nota 55), señala una notable presencia de cerdo en Ibiza o en Cartago-Byrsa, donde en los niveles púnicos tardíos representa ca. El 20% de los restos óseos.

Burro y cerdo se documentan también en el Castillo de Doña Blanca (Cádiz). En concreto el burro se atestigua desde el nivel X datado entre el 600-575 a.C. Asimismo aparece en el sitio el suido doméstico. Los autores del estudio (Morales y otros 1994: 40 y ss y 51-3) señalan la peculiaridad de ésta última muestra compuesta especialmente por dientes y fragmentos craneales, en tanto que son muy raros pelvis, tibias, fémures y otras partes del esqueleto axial. Más peculiar resulta aún el predominio de infantiles en la muestra, pues de los diez especímenes a los que se puede asignar una cohorte de edad, no hay un solo adulto, siendo todos fetos o infantiles, salvo algún dudoso subadulto. Este hecho se repite en otros sitios fenicios como Toscanos, Cerro de la Tortuga o Cerro del Villar donde los lechoncitos son muy frecuentes (véase también Aubet 1988: 248). Los autores del estudio de la fauna de Doña Blanca concluyen que, puesto que hay

evidencia de su presencia en sitios fenicios, no cabe excluir que el cerdo fuera consumido por los colonos, aunque apuntan a otra interesante posibilidad: que se criara por razones otras que las de su consumo, en este caso para su sacrificio ritual, lo que explicaría la abundancia de especímenes juveniles tanto aquí como en Cerro del Villar, y el que no presenten evidencias de manipulación (*ibidem* 51-3). Esta última interpretación, resulta enormemente sugerente a la vista de los datos procedentes del sondeo de Pranu Illixi que parecen apuntar a una funcionalidad ritual, tal vez como santuario, del sitio y de los objetos y animales depositados (Foto 1).

Otro dato que vendría a apoyar dicha interpretación ritual es la documentación en el sitio de Monte Papalucio di Oria (Tarento), en contextos de colonización griega, de gran cantidad de hueso quemado y del sacrificio de cerdo muy inmaduro, lo que se atribuye a una práctica cultual (Fedelle 2000: 450). El mismo autor (1980: 89 y ss) señala también la presencia de cerdo y de, al menos un equino, en el tofet de Tharros, si bien no es capaz de discriminar en este último caso, si se trata de caballo o de burro. Resulta interesante el que en ambos casos el suido infantil aparezca en contextos sacrificiales a pesar de que nos hallemos en ámbitos coloniales diferentes.

El sacrificio de lechoncitos podría estar relacionado con la ofrenda de primicias, tal vez como parte de un rito anual de renovación de la Naturaleza o, quizá de un rito de fundación. Es relevante en tal sentido el que el estudio antropológico del tofet de Tharros revele la presencia de individuos humanos neonatos e infantiles, pero también, de animales inmaduros, generalmente corderos, si bien en un caso parece tratarse de un lechón (Fedele & Foster 1988). Lo interesante del caso es, sin embargo, el que las ofrendas de animales no aparecen únicamente en asociación con las incineraciones infantiles (27% de casos), sino que en aproximada-



Foto 1.- Restos de mandíbula y dientes de suido adheridos a la pared interna de un recipiente de Pranu Illixi (com. Escalaplano).

mente un 20% de casos se trata únicamente de ovicaprinos incinerados y sepultados en urnas, de modo similar a los restos humanos. Tal hecho es interpretado por los autores del estudio (*ibidem* 33), como un sacrificio sustitutorio y como pruebas de la plena equivalencia simbólica entre crías humanas y animales¹. De acuerdo con el análisis, la mayor parte de los corderos se sacrificaron entre los siete y veintisiete días de vida, por lo cual Fedele y Foster (1988: 40-1), calculan un margen temporal de 50 días entorno al 1 de Marzo para las deposiciones, lo que señala un sacrificio primaveral, acorde con la idea de ofrenda de las primicias.

En el caso que nos ocupa aquí, el de Pranu Illixi, el alto porcentaje de cerámica nurágica y el propio hecho de que el lugar sacrificial se erija amortizando un antiguo nuraghe permite pensar que los autores de la ofrenda y de la construcción del túmulo eran mayoritaria, si no de modo exclusivo indígenas, aunque en contacto con fenicios y tal vez adoptando formas de consumo y quizá incluso, rituales semitas. Esto podría explicar la sustitución aquí, como en otros sitios fenicios de Occidente, del cordero por un lechoncito.

El mejor y más completo análisis faunístico realizado hasta la fecha de modo monográfico en un sitio sardo de la Edad del Bronce corresponde a nuraghe Arrubiu (Fonzo 2003). En términos globales, el suido es el segundo animal más frecuente en Arrubiu tras los ovicápridos. En las fases iniciales del sitio (Bronce Medio 3/Bronce Reciente), los sui-

dos son, no sólo bastante numerosos, sino que además en su mayoría se trata de individuos infantiles, sacrificados antes de cumplir los seis meses y tras los bóvidos, representan la fauna más importante del sitio en cuanto a provisión de carne. Durante el Bronce Reciente el suido es la especie más importante como productora de carne y la mitad de la muestra estudiada se sacrificó en los primeros seis meses de vida, con especial presencia de crías. Sólo una cuarta parte de ellos se sacrificaron con dos años y medio cuando habían alcanzado su máximo peso en carne. Pero es en el Bronce Final y tránsito a la Edad del Hierro último momento de vida de nuraghe Arrubiu, cuando los suidos representan el mayor porcentaje de animales dentro de la fauna del sitio. Ahora, sin embargo se abaten tanto crías como juveniles y adultos en proporciones similares. Otros sitios del sur de la isla en curso de estudio por la Dra. Fonzo como nuraghe Pitzu Cummu en Lunamatrona, datado en Bronce Reciente o nuraghe Santu Pauli de Villamassargia en el Iglesiasiente presentan una situación similar en cuanto a la mayor importancia del suido respecto a las otras especies domésticas. La situación cambia en la Edad del Hierro donde sitios como Genna Maria en Villanovaforru o Santa Anastasia de Sardara reflejan el retroceso de los suidos y la predominancia del bóvido (Fono 1987).

Es posible pues que la sustitución de cordero por lechón como primicia sacrificial esté asociada a su valor como proveedor de carne en la sociedad

indígena y seguramente también, por el hecho de la propia rentabilidad de este animal, pues el hombre no precisa invertir en su alimentación, ya que hasta la Baja Edad Media no empiezan a encerrarse en porquerizas sino que se criaban en semilibertad (Ruiz-Gálvez 1998: 132-3), razón por la cual en yacimientos de Bronce Final o de inicios de la Edad del Hierro, tanto en Cerdeña como en el área tartésica, es difícil diferenciar el cerdo del jabalí (Fonzo 2003; Morales *et al.* 1998: 527). La mayor rentabilidad de los ovicaprinos como productores de lácteos, lana y abono, y de los bóvidos como animales de tiro así como la mayor inversión de energía humana en su cría explicarían asimismo la elección de los lechones en lugar de corderos o terneros, como víctima sacrificial. Los altos porcentajes de suido en las fases antiguas de sitios españoles como Tejada la Vieja (Morales *et al.* 1998: 524-5) podrían reflejar una situación similar a la de Cerdeña.

En todo caso el fenómeno de la ofrenda, sea sustitutoria o no, de crías animales, parece ligada de modo directo o indirecto a la colonización fenicia, pues no hay precedentes de ello en contextos indígenas sardos o peninsulares². Es tentador relacionarlo pues con algún ritual de tipo semita, más con el ciclo de Baal dios ugarítico de la tormenta y de la lluvia, cuya morada es el monte Gebel-el-Aqra en la frontera norte de Ugarit y cuya silueta era

bien visible desde la ciudad (Yon 1991: 62-63) y que se vincula con la renovación cíclica de la Naturaleza y la fertilidad y con el que se ha relacionado el sacrificio *molk*. Si la hipótesis fuera correcta, En el caso de Pranu Illixi, como en el del sacrificio de Isaac (Gén. 22:1-2), se trataría de un sacrificio sustitutorio, realizado, como en Ugarit, en la cima de una montaña de amplio dominio visual y que, a su vez, es vista a gran distancia. Esa función, la de ser visto, se da asimismo en los santuarios no urbanos en el nacimiento de la ciudad griega del s. VIII a.C. que, como en el caso de Pranu Illixi, se erigen sobre ruinas micénicas de carácter civil del IIº Milenio a.C. largamente abandonadas. Como en el caso sardo, los vestigios antiguos se sacralizan y su construcción en puntos de marcada visibilidad como cimas de montaña, responde al deseo de definir el territorio y el espacio político y de establecer claros vínculos con el pasado que sancionen el nacimiento del nuevo orden (de Polignac 1984: 37-38, 99 y ss).

Tal vez por ello último, la presencia de santuarios en cima de montaña sea un fenómeno común tanto a los ámbitos de colonización fenicia como, cual es el caso de Monte Papalucio di Oria en Magna Grecia (*vide supra*), en los de la colonización griega.

NOTAS

1. Amadasi Guzo (1986: 206) señala en su estudio del tofet de Mozia que la expresión *mlk 'mr* de algunas inscripciones podría referirse al sacrificio sustitutorio de un cordero.

2. El único caso que yo conozco es el del taller metalúrgico del Bronce Final de Peña Negra, en contextos de comercio atlántico/mediterráneo en las puertas de la colonización fenicia. En las esquinas SE y NW del edificio se depositaron un neonato y un cordero respectivamente, en un posible rito de fundación -referido a la creación del taller- y de agregación -alusivo a la presencia de foráneos en el edificio y en el seno de la comunidad (Ruiz-Gálvez 1998: 254-55).